

Mills Fox Edgerton

Diariópata
y
Cuentos argentinos



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ANAQUEL DE NARRATIVA, n.º 17 —
MADRID • MMXVII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © MILLS FOX EDGERTON

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Del prólogo © CARLOS MUR DE VÍU
Fotografía del autor en solapa © JULIO SANTIAGO
Ilustración de cubierta © COMPLIT

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Primera edición: Noviembre 2017
I.S.B.N: 978-84-947595-6-7
Depósito legal: M-31133-2017
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

PRÓLOGO

Mills Fox Edgerton nos propone un viaje profundo pero trepidante, vital y detallista, en *Diariópata* y *Cuentos argentinos*. Esa Vida, con mayúsculas, que rezuma un texto bien hilado, una narrativa precisa, una evolución y unas emociones con las que cualquiera podemos sentirnos identificados. Una de las mayores grandezas del texto es, precisamente, que nos imbuimos del espíritu y avatares del protagonista, el cual detalla semblanzas de su devenir desde la sabiduría que otorgan los años. Si recordar es volver a vivir, el personaje de esta historia recuerda profusamente hechos históricos y detalles que a todos nos conciernen, escenarios de décadas pasadas que han labrado nuestro inconsciente (y consciente) colectivo. Los cambios políticos, las maniobras de seducción, la llegada a la madurez, las relaciones familiares, las obligaciones, las devociones... Se suceden en un apasionante carrusel de hechos y dichos elementos nucleares de la existencia como la amistad, la fortuna, la ruina, la disciplina, el caos... Y ese momento infinito, esa gloria tangible que es la paternidad. Y todo ello con el marco de fondo de las

décadas más convulsas que vio el siglo XX, cuando, a pesar de todo, el arte fue consuelo y báculo, incluso en los momentos más tenebroso.

Asimismo, la pluma de Mills Fox trata con delicadeza y respeto asuntos de identidad y cultura de enorme actualidad en nuestro país. Y en localizaciones tan inspiradoras como la siempre luminosa capital francesa. El tránsito vital de una persona culta a lo largo de un siglo terrible pero apasionante, protagonista de un periplo fascinante. Argentina como estación final de un retrato colectivo, la inmensidad del Nuevo Mundo que ha acogido de forma masiva a los aventureros del Viejo Mundo. En definitiva, la memoria de una vida que bien podría ser la memoria de todos, con sus luces y sus sombras. Y todo ello creado por una mente brillante y generosa como la de Mills, de cuya generosidad muchos hemos aprendido. No defraudará al lector de esta obra, como tampoco lo hicieron las publicaciones precedentes de este gentleman estadounidense, gran francófono y gran hispanista.

CARLOS MUR DE VÍU

D I A R I Ó P A T A

Nota preliminar

Yo, Juan Carlos Abenámar Baeza, publico las siguientes páginas con plena conciencia de lo que significan para la honra de mi padre. Muchos dirán que mi deber era suprimirlas, quemando el cuaderno que encontré en la caja fuerte tras su fallecimiento. Yo discrepo, por dos razones: en primer lugar, no debo a mi padre ninguna piedad, pues como el lector verá, nunca me quiso; en segundo lugar, a la luz de mi propia experiencia a lo largo de los cincuenta y ocho años que llevo atravesando por este valle de lágrimas, estoy convencido de que mi deber consiste en descorrer el tupido velo con el que la sociedad oculta la podredumbre que hierve debajo de la reluciente superficie que brinda a los ingenuos.

Historia de mi vida

Yo, Miguel Antonio Abenámar Sevillano, natural de El Roquedo de San Juan, he decidido redactar, por razones que expondré al final de este relato, la historia de mi vida, o al menos la de los sucesos más significativos de mis ochenta y nueve años de existencia.

Nací sietemesino el 25 de diciembre de 1907, en El Roquedo de San Juan, provincia de Ávila. Mis antepasados paternos fueron sevillanos, los maternos abulenses de lejano origen jiennense. Mi padre conoció a mi madre en Madrid, cuando era estudiante.

Mi padre era abogado. Como se ganaba holgadamente la vida, teníamos mayordomo, cocinera y tres criadas. Al menos vivimos así hasta la guerra. Inteligente, ordenado, y frío.

Mi padre era un hombre Jamás me dio un beso. Algunos dirán que esa falta de amor paterno explica la sequedad que es el principal rasgo de mi propio carácter. Yo creo que no. Aunque quién sabe, sobre todo si se toma en cuenta el hecho de que mi madre tampoco me prestó mucha atención. No lo sé. Quizás la redacción de estas páginas me ayude a ver más claro en esas tinieblas. Mi madre, a quien, decían la cocinera y las criadas, por poco mato al venir al mundo, no pudo tener más hijos. Será la explicación de su dedicación en cuerpo y alma a una serie

de obras de caridad enfocadas en los niños pobres, actividad que la dejaba agotada. Volvía a casa tarde, me daba un beso distraído en la frente y se metía en la cama, donde le servían una cena ligera acompañada de una copa de champán. Se levantaba después de marcharme yo al colegio.

De niño tenía de todo: juguetes, libros... Y no paraban —lo digo así porque nunca entendí quién se encargaba del asunto— de comprarme ropa: las prendas nuevas aparecían encima de mi cama. Ahora bien, esa ropa fue la primera de una serie de causas de conflictos con mis coetáneos. Y de mi primera venganza.

Un sábado de comienzos de diciembre fui con mi madre a una misa en la capilla del colegio. No recuerdo por qué se celebraba. Yo llevaba un abrigo de pieles nuevo. (Años más tarde entendería que mi padre me lo había traído de Londres. Me lo había encontrado encima de mi cama sin ninguna explicación.) Nevó por la noche y volvió a nevar el domingo. Como hacía frío, el lunes aún había nieve por todas partes. A la hora del recreo, salí al patio. Yo tenía ocho o nueve años y era pequeño para esa edad. Caminé distraídamente hasta el rincón del patio más alejado de la salida donde estaba el padre Miguel de vigilante. De repente me rodearon una pandilla de chicos mayores —tendrían doce o trece años— y uno de ellos, Carlos, un chicarrón violento que sacaba malas notas y a quien todos pensábamos que debían echar del colegio, me puso una zancadilla: